

JIMÉNEZ SUREDA, Montserrat. *Amb el cor al paper. Història i teoria de les cartes d'amor*, Cerdanyola del Vallès: Universitat Autònoma de Barcelona, 2020, 525 pàgs.

ÁLVARO SOTO HERNÁNDEZ
Universitat Autònoma de Barcelona

Amb el cor al paper. Història i teoria de les cartes d'amor es una obra ambiciosa, ante todo, que enlaza con el monumental proyecto en desarrollo *Epícat*. Sin duda, el título del libro no hace justicia a los contenidos que en él se abordan: el ensayo de la autora trasciende notablemente lo que cabría esperar de un tratado epistolar amoroso en Occidente, convergiendo en este elementos de epistemología y metafísica: desde la carta como una abstracción de la realidad del individuo y el traspaso de la sustancia del ser al papel, hasta la idealización de aquel que es amado, junto al planteamiento de no pocas tribulaciones existenciales que abre la carta de amor. El libro abarca numerosos ejemplos por donde se puede escudriñar una rica combinación de disciplinas sociales que son prueba de la exhaustividad del estudio de la autora. Ejemplo de estas son la antropología (la carta como ritual social para iniciar, mantener, demostrar, romper o dominar una relación

amorosa), la literatura (el género epistolar *per se*), la psicología (teorías de dominancia como las de Bordieu o elementos que satisfacen las necesidades del cuerpo concupiscible o el alma), la lingüística (metalingüística propiamente, pero también historia de la lengua y dialectos, entre otros) estética, género (motivos, tópicos y realidades sociales que presentan las cartas de hombres y mujeres) y, finalmente, historia; pero no solo de la epistolografía amorosa, sino también de la epistolografía en mayúsculas, en su desarrollo histórico. La necesaria perspectiva de género que cruza las páginas de este libro, omnipresente toda ella, es el puntal argumental del libro, haciendo de la obra un conjunto de unas quinientas páginas donde las inferencias de la autora se combinan con lo que el más reconocido de todos los epistológrafos de la historia, Plinio el Joven (61 - c.112), consideraba el mejor de todos los maestros: la práctica¹.

¹ *Usus, magister egregius* (Plinio el Joven: *Epistolae*, I, 20). Del joven Plinio se pueden sacar muchas lecciones. Él es, junto a Tácito (c. 55-120) y Suetonio (c. 70 - *post* 122), uno de los historiadores coetáneos de los emperadores Flavios, y él, en solitario, de Nerva (30 -98) y Trajano (55-117). Sus numerosas cartas no

La maleabilidad y el intimismo del formato epistolar permite descubrir la biografía y la abstracción que los redactores de las cartas hacían del mundo que los contenía; es pues un testimonio de primer orden que profundiza allí dónde las fuentes documentales son yermas. Esta concepción, la de hacer historia por uso de los epistolarios masculinos y femeninos, preguntándose a la par por la menospreciada perspectiva de los niños (un paradigma que la autora apoda con el término de «adultismo») permite comprender este libro como una reclamación o manifiesto, una reivindicación si se prefiere, para considerar los tres puntos anteriores en la investigación². En las últimas décadas se ha popularizado en la academia lo que se conoce como «historia de las emociones»³, que no sin razón se pregunta primero por la dinámica y naturaleza de las anteriores en diferentes períodos cronológicos, así como las pasiones que, cabe apun-

tar, son los elementos motrices de los seres humanos que han hecho, de los tiempos, historia. La historia de las emociones pues complementa relatos y crónicas oficiales, por norma general, más benevolentes con los sujetos analizados⁴. El papel de las cartas de amor en este contexto es fundamental. Explicitado por la autora, «son una necesidad social y emocional». La escritura ordena y codifica los sentimientos, los hace existir, y esto es ardua tarea cuando emociones tan poderosas como el amor se le plantean al individuo, y este intenta descubrir qué es el amor para él⁵. Por otro lado, también se puede considerar la carta de amor como una válvula de escape de una realidad constringente hacia una ficción personal más laxa. Estas concepciones son ilustradas con amplias exposiciones de cartas de diferentes sectores sociales (desde monarcas o grandes personalidades hasta soldados rasos de infantería). De aquí que la historiadora sentencie

solo contienen información histórica: son el relato de espacios, costumbres y personalidades del momento. La carta a Tácito, por ejemplo, sobre la muerte de su tío el naturalista Plinio el Viejo (23-79), es prueba de la primera descripción volcánica de la historia: la de Pompeya y Herculano en el año 79.

² No tan presente en la obra como los casos expuestos, el libro también introduce cuestiones de entendimiento amoroso hacia las mascotas.

³ Aunque los orígenes de esta disciplina histórica resulten difíciles de rastrear, se encuentran precedentes en la antropología y sociología de Marcel Mauss (1872-1950) y Norbert Elias (1887-1990). Los historiadores más destacados de este campo son probablemente Peter Stearns (1936), Barbara H. Rosenwein (1945) o William M. Reddy (1947).

⁴ Rousseau (1712-1778), Freud (1856-1939) o Einstein (1879-1955), por citar algunos de los muchos casos contenidos en la obra.

⁵ La autora insiste en que su estudio que este se fundamenta en el *eros*, que define como «el amor entre dos personas no conseguirías» (p. 38).



«es momento que la historiografía se ocupe de los sentimientos y las emociones» (p. 40).

El objetivo final del libro no es otro que entender el tratamiento amoroso occidental por carta en el decurso histórico, desde la antigüedad clásica hasta la actualidad. Esta finalidad se ejecuta con mérito con innombrables meditaciones y consideraciones relativas sobre grandes tratadistas como Ovidio (43 a.C. - c. 17 d.C.), san Agustín (354-430), santo Tomás de Aquino (1225-1274) o Ficino (1433-1499), que plasman el constructo masculino de modelo de mujer idealizada y virtuosa para cada época. Son estos algunos de los puntos sobre los que orbita esta obra, tratados todos ellos en detalle, dando la falsa sensación de cierta repetición en los mismos cuando, en verdad, en cada opúsculo, si bien la sustancia es la misma, el prisma conceptual no: a veces la óptica es de tratamiento his-

tórico, otras el enfoque es sociológico, psicológico, etc.

La lectura del libro invita a cavilar sobre cómo y dónde se puede producir la creación de estructuras amorosas. Aunque no resulta innovador por parte de la autora el hecho de analizar el amor en el máximo de sus contextos posibles (la obra analiza cartas de amor en tiempos de guerra, entre padres e hijos, parejas homosexuales⁶, entre extranjeros, postales, adulterios, cartas entre amigos, cartas de «locos»⁷, cartas lanzadas al mar en botellas, cartas en películas y novelas, de origen popular o acomodadas, cartas pedagógicas o el impacto social de las cartas de amor en revistas de gran tirada o consultorios), no muchas obras actuales pueden presumir, bajo una misma portada, de contemplar el amor epistolar bajo el gran espectro de casos que ofrece la publicación, con un fondo bibliográfico espléndido.

⁶ Llama la atención que la mayoría de los ejemplos contenidos son del mundo anglosajón, desde monarcas con una casi segura homosexualidad como Guillermo II o Eduardo III hasta autores como Oscar Wilde.

⁷ La locura, como apunta la autora a lo largo de la historia, no sería el equivalente a un trastorno diagnosticado por la psicología actual. Antaño era un arma para desacreditar y neutralizar al enemigo, no pocas veces mujer, a la vez que para menospreciar a aquellas personas que sobresalían. Era pues un arma hipócrita, aunque este aspecto no se contenga tanto en el libro: las biografías de grandes genios quedan sesgadas por trastornos variados, especialmente el bipolar, siendo uno de los casos paradigmáticos el del de Isaac Newton, pero también otros como Allan Poe, da Vinci, Michelangelo o el exacerbado asperger y misoginia de Cavendish. Cuando un hombre sobresale no se acusa tanto la crítica, y los detalles «más criticables» de su psique, resplandecen muchas veces por uso de su correspondencia. Son estos menos conocidos hasta el punto de ser omitidos con voluntad. Como explica el libro, la locura, ante todo, es un elemento que rompe unos parámetros sociales y culturales establecidos. De ahí que sirva como arma de censura.



El libro no solo acusa epístolas preteritas, también se pregunta sobre si la carta de amor continuará existiendo en un futuro, añadiendo al estudio el cómo se escribe de amor en nuestros días. El correo electrónico y el servicio de mensajería telefónica *WhatsApp* son los instrumentos mediante los cuales las generaciones más jóvenes intercambian mensajes amorosos: la historiadora admite en esto una economía de palabras y expresiones permutadas, en parte, por los emoticonos que «simplifican y serializan el amor», sin importar la sintaxis, claro está. Esta manera de transmitir el amor digitalmente es la hegemónica actualmente, con un argot propio que está en constante formación y cambio. Pese a la dominancia telemática, la historiadora alberga esperanzas fundamentadas en que la carta de amor está lejos de desaparecer por causa de la sustitución de los mensajes digitales que, en última instancia, responden a una realidad clara del capitalismo: la instantaneidad gracias a las nuevas tecnologías. Enlazando el capitalismo con el amor, la profesora expone algunas ideas de Zygmunt Bauer que matizan una idiosincrasia fugaz, rápida y directa en lo referente al amor de nuestros días. Estas relaciones que abre el estudio contenido en el libro sin duda superan a la intención de

la obra, pero el lector podrá en ellas reflexionar sobre cómo son las relaciones amorosas en nuestra época y entender si estas distan en su forma de las de antaño: ¿se ha conseguido una mayor liberación de las convenciones sociales del pasado? Resulta evidente que sí. Por otro lado, y referente al dicho amor de las nuevas generaciones, la historiadora no matiza otros aspectos que pueden influir en la fisionomía de estas nuevas relaciones tan fugaces y directas, desde el ateísmo en muchas sociedades occidentales al poco halagüeño futuro laboral de los jóvenes que, ante esta situación, basculan hacia una actitud de *carpe diem*. No es de extrañar que el tópico horaciano quede tan explicitado en la publicidad que a ellos se dirige en las redes sociales, series o casi cualquier otro tipo de escenario que se pueda plantear en el reino digital.

Es buena muestra de la trascendencia del libro (considerando solo el título) y de la vocación de su escritora (esgrimiéndose conocimientos de lingüística y psicología), que la obra en cuestión aporte conclusiones del estudio social que la historiadora practicó con niños de sexto de primaria a los cuales pidió la redacción de cartas amorosas. Aunque el fin original era comparar, en caso genérico, las cartas de amor infantiles del An-



tiguo Régimen con las actuales, en dicho estudio sobresalen elementos jerárquicos familiares más laxos en comparación a los de otrora, a la vez que un mayor grado de introspección de los niños. Por estas misivas, y de acuerdo con Freud, la autora reflexiona sobre la modificación de la inteligencia emocional conforme se alcanza la adultez (p. 331)⁸. El factor de la enculturación, no férreamente incrustado todavía en los niños, causa en ellos un «estilo directo y sincero» (p. 327) mientras relucen ya los primeros esfuerzos y dificultades que supone, para los pequeños, plasmar la complejidad sentimental en el mundo verbal. Avanzado el estudio de las cartas infantiles, su pérdida es un hecho hartamente presente en la historia. Las consideraciones sobre la tipología documental prevalecieron y prevalecen sobre las sentimentales, con la subsiguiente destrucción de no pocos testimonios epigráficos infantiles y de relaciones amorosas (fracasadas o comprometidas). Por ello, y como sintetiza la autora, el hecho de contar con un epistolario completo de un individuo resulta, en sí mismo, una gran suerte, puesto que permite observar la evolución psicológica temporal del redactor.

La publicación se reserva un importante número de páginas al desarrollo de la novela epistolar, especialmente la de los siglos XVIII y XIX⁹. No se puede, en efecto, ignorar cómo en el Siglo de las Luces se produce un gran crecimiento en relevancia y cantidad del género de la novela epistolar en los estratos populares. La obra evidentemente se alarga con la inserción de amplísimos ejemplos de los dos siglos, pero también con sendos casos actuales: las conocidas como novelas «emiliares», así como publicaciones en blogs. Puede parecer que la larga exposición llega hasta el punto de ser redundante e innecesaria en tanto que sus elementos son reiterativos, pero la hermenéutica del estudio creo que no apela tanto a los argumentos que se detallan de cada obra, sino hacia intentar despertar el *sapere aude* del lector por la novela epistolar.

Además, este tratamiento detallado del género literario desentraña las antípodas de la toma de conciencia femenina, tanto como lo hacen las cartas de amor femeninas, siendo este, a veces, un espacio de libertad de expresión sentimental¹⁰. Aunque se ha otorgado mucha relevancia a

⁸ Aunque en su sustrato, en la psicología actual se ha avanzado bastante más allá sobre las consideraciones emocionales de Freud.

⁹ «En el siglo XVIII, la forma epistolar se adueñó de las letras» (p. 346).

¹⁰ En este punto y en el desarrollo de la obra, el planteamiento de Ludwig Wittgenstein está muy pre-



factores como la alfabetización desde la historia de género, hecho que, sin duda alguna, permitió a las mujeres el acceso a la lectura, la autora es certera en destacar quizás más el papel de la mujer idealizada de las novelas románticas del siglo XIX para este propósito. No es ingenuo tampoco que la obra presente casos de *épistolaires*, muchas de las cuales, se lamenta la profesora, no han estado aún catalogadas ni editadas (pp. 296-9). Por último, no todo son novelas epistolares... En un siglo tan crucial como el de la Ilustración, el nacimiento de nuevas disciplinas y ciencias actuales va de la mano con la trasmisión de conocimientos que los artífices de las anteriores hacían por carta. Me es grato pensar, pues, que no se trata «solamente» de entender la historia de los sentimientos, emociones o cultura, puesto que los historiadores de la ciencia, inclu-

so los mismos científicos, se han visto obligados a recurrir directamente o indirectamente a las cartas de los padres de las disciplinas científicas o grandes personalidades de las mismas¹¹. Se desprende así, una vez más, la idea que las cartas pueden amoldarse a prácticamente cualesquiera de las situaciones comunicativas.

El libro recoge algunas cartas preteritas que se adicionan al texto, reforzando la disertación, como en el caso del opúsculo de las cartas infantiles, transcritas algunas de ellas de forma literal, sin ninguna corrección. El análisis formal aplicado en dicho estudio no presenta *a priori* ninguna falla en su metodología y técnica: se contempla el léxico, la caligrafía¹², la metalingüística, los tópicos, la semiótica, el soporte de escritura utilizado, el contexto o situación comunicativa, el uso de colores y perfumes,

sente, hasta el punto de repetirse en no pocas ocasiones la idea que reza la máxima wittgenstiana: «El límite de mis palabras también lo es de mi mundo».

¹¹ Por aportar simplemente un ejemplo que me resulta fascinante: el caso del genial matemático Évariste Galois (1811-1832). Este joven rebelde halló con veinte años la muerte en un duelo amoroso, contra un rival que sabía que no podía vencer. Pese a ser conocedor de su funesta situación de antemano, el honor lo impulsó en esta dirección. La noche antes del encuentro escribió una larga carta de despedida para sus seres queridos donde también revelaba sus descubrimientos matemáticos, que hoy en día se conocen bajo el nombre de la Teoría de Grupos de Galois (una parte del álgebra que permite, entre otras aplicaciones, explicar por qué una ecuación de quinto grado o mayor es irresoluble por medio de radicales: el conocido como teorema Abel-Ruffini). Aquella carta, que combina tristeza y amor es, por sí sola, uno de los documentos más relevantes de la ciencia matemática. Por lo que respecta a Galois, murió de un tiro en el estómago el 31 de mayo de 1832. (Pickover Alan, Clifford. *El libro de las matemáticas: de Pitágoras a la 57ª dimensión*. 250 hitos de la historia de las matemáticas. Trad. Serrano Larraz, Miguel; Saura Martínez, Sonia y Loste Ramos, Joaquín. (Kerkdiel: Libro, 2011), 228-229.

¹² Pese a que no se especifica en el libro, existe la posibilidad de que la autora haya empleado o introducido conceptos de grafología, considerada por numerosos expertos como una pseudociencia. Tampoco sería justo desterrar la disciplina por la carga semántica del sustantivo anterior...



el posible lenguaje no verbal (por la háptica, cinésica y cronémica), el sensorial, etc. Pese a la existencia de los elementos anteriores, no todos se pueden encontrar *in situ* en el texto, en tanto que se funden con el estudio (de no ser así, las páginas de este libro crecerían exponencialmente), a la vez que estas se reducen al propio universo epistolar, sin poder escapar de las limitaciones inherentes al mismo. Este análisis no es posible sin una actitud correcta en el momento de aproximar las conclusiones de aquellos que son leídos, evitando elementos excesivamente juiciosos como la moral y considerando el entorno sociocultural de cada caso. El libro, sin llegar a ser un manual al uso, aconseja e indica sobre cómo leer e interpretar correctamente las cartas del pasado sin pasar en exceso por el tamiz personalista. La holística integrada en las páginas es tangible desde el comienzo de la obra, mientras que se establecen símiles que, en principio, pudieran parecer demasiado lejanos, pero que albergan aspectos en común (las cartas de emigrantes y de los niños de padres divorciados, por ejemplo, cuya primera realidad suele ser el abandono de su lugar de origen).

La publicación dispone de otras características muy particulares, como son el lenguaje empleado y la edi-

ción. Del primero basta decir que es sumamente personal (la postdata del libro reza: «[esto es] un texto personal, absolutamente mío» (p. 487). En lo referente al estilo y formato, el vocabulario es evidentemente de registro académico, como cabría esperar y, por lo tanto, no merecería esta mención en la presente reseña. Sin embargo, el léxico salpicado de motes catalanes propios del Ampurdán, y la manifiesta inserción de expresiones coloquiales, hacen del registro del texto un ente peculiar, con la combinación de cultismos y de voces populares, con no pocas dosis de humor que amenizan la lectura. Las constantes anécdotas vitales que la profesora incorpora, junto a su ya nítido estilo directo y sin grandes circunvalaciones, permiten un entendimiento poco tortuoso, sin renunciar a apalearse intermitentemente a la reflexión y espíritu crítico del lector. En suma, la consecuencia final no es otra que observar cómo, principalmente por el lenguaje y tratamiento, *Amb el cor al paper. Història de les cartes d'amor* es una obra categóricamente personal. Tal es el grado de asociación entre la escritora y su lengua natal que, antes que intentar buscar proyección internacional escribiendo en un idioma como pudiera ser el inglés (así lo admite la historiadora), sus esfuerzos quedan reproducidos en su catalán

nativo al resumir «tenía necesidad de escribir». Necesidades que, como en las cartas, surgen porque el espíritu así lo demanda. El remate final a esta idea se deduce al contemplar la estructura del libro, dividido en una introducción, un cuerpo y una despedida, junto a una posdata: la obra pues no deja de imitar la anatomía de una carta que surge por la necesidad de escribir. Los títulos de cada capítulo bien merecen ser anotados: estos son un recopilatorio de versos, nombres o partes de canciones, aforismos, dichos populares, refranes, etc. que guardan relación con el contenido de los opúsculos.

Es complicado en una reseña como esta dar alcance de la envergadura del tratamiento epistolar que la profesora realiza a lo largo de la obra. De esta forma, las cartas pueden ser la primera causa del entendimiento de factores históricos también, puesto que muchas de estas son capaces de narrar situaciones familiares (extensas o nucleares) que, en última instancia, permiten una renovada óptica de dinámicas socioculturales históricas¹³. Además de lo ya explicitado en este texto, no me puedo abstener de recordar una vez más la omnipresente y necesaria pers-

pectiva de género de la publicación, tanto como la evidente intención divulgativa de su escritora, intuyendo cómo las palabras (y su escritura, en este caso por cartas), mantenían y mantienen una realidad sociocultural determinada, pues no son otra cosa que el reflejo de las sociedades que las han engendrado; mientras que sus redactores, con origen de coordenadas en la realidad que los rodea, trasladan esta, por uso de las palabras, a su mundo abstracto y de vuelta al papel. Con un elevadísimo caudal de cartas de la edad moderna y contemporánea, especialmente, es preciso sin duda recuperar y editar este basto océano de patrimonio histórico y cultural (con una mayor colaboración institucional que, en ciertos espacios geográficos, brilla por su ausencia) que no es valioso solamente para la disciplina histórica; también es elemental para otros campos de las humanidades que, por fuerza, se ven involucrados en su estudio, como asevera este libro.

Las cartas son la principal vía hacia la misma intimidad del sujeto, destacado este o no en el espacio histórico. Son el principal instrumento para intentar comprender los motivos sentimentales que desvelan parcialmente

¹³ Para ilustrar este hecho con un ejemplo, la autora destaca que la jerarquía familiar del Antiguo Régimen es susceptible de ser entendida como un sistema de tipo vasallático, tan característico de la Europa bajomedieval, o al menos desde el siglo X (p. 479).



las acciones humanas; sirven para acreditar o desmentir las biografías construidas... Y lo que resulta más seductor para los historiadores: deconstruir e interpretar de tantas maneras posibles el pasado¹⁴.

Me aventuraría a considerar hasta lo axiomático que el hacer historia sin incluir las emociones, las cuales no hay que menospreciar bajo la etiqueta de la irracionalidad¹⁵ (siguiendo el paradigma del racionalismo), es hacer una historia incompleta.

¹⁴ Hay ejemplos de períodos históricos que han sido estudiados por uso de las cartas, como el caso del archivo de Tell Amarna, que contiene las relaciones políticas, personales y notariales del «comercio de las reciprocidades» de los soberanos y estados del bronce final en Próximo Oriente y Egipto: por los recursos de los regalos u obsequios, los palacios del bronce realizaban en realidad un intercambio comercial en toda regla. También hay cartas que han cambiado la historia: Augusto tergiversó las cartas de Marco Antonio para tornar al pueblo romano en contra de aquel, eventualmente destruyendo a su rival, inaugurando la época imperial romana. Las cartas de Kennedy y Kruschev van más allá del retrato oficial de la crisis de los misiles en Cuba. Al respecto, se puede recomendar la lectura del libro: Sebag Montefiore, Simon. *Written in History: Letters that Changed the World*, Londres, W&N, 2018.

¹⁵ «Sentimientos, emociones y racionalidad no son divergentes» (p. 42).

